

palabra *sofia* (sabiduría) hacia ilusión al nombre *sofi*, dado generalmente á todos los hombres entregados al estudio y á la contemplación. El Sultan quedó tan contento con aquella agudeza de Huzein-Tebrizi, que le acordó inmediatamente la dignidad que pedía con tanta maña.

Segun el retrato que los historiadores nacionales hacen de Sultan-Muhammed, tenía aquel príncipe la nariz muy aguileña y talmente encorvada sobre el labio superior, que casi no se le veía la boca: dichos historiadores le comparan *al pico del papagayo descansando sobre cerezas*; su figura era llena, su barba espesa y de color de oro; tenía los brazos fuertes y carnudos, los muslos musculosos, estaba bien hecho para montar á caballo. Manejaba las armas con gran destreza. El tiro del arco era su ejercicio predilecto; le recomendaba á sus tropas, sobre todo á los jenizaros. Contaba muy á menudo, segun la tradición árabe, que el ángel Gabriel se había aparecido á Adam y le había dicho, presentándole un arco y flechas: «Sirvete de esta arma; es la fuerza de Dios.»

CAPITULO X.

SULTAN-BAIEZID-KHAN II, HIJO DE SULTAN-MUHAMMED-EL-FATYH.

Ya hemos visto, en el capítulo anterior, que Sultan-Muhammed-el-Fatyh, despues de la muerte de su hijo Mustafá delante de Boz-Bazardjik, había confiado el gobierno de Karamania al príncipe Djem (*Zizim*). Bayezid, hijo mayor del Sultan y gobernador de Amasia, era el heredero presuntivo del trono. Mas el gran visir Muhammed-Karamani favorecía á Djem, cuyas brillantes cualidades habían ganado su afecto. Ensayó pues el quitar la corona al sucesor directo para ponerla sobre la cabeza de su hermano segundo. A fin de asegurar mejor el éxito de aquella empresa arriesgada, ocultó la muer-

te de Sultan-Muhammed, é hizo conducir á Constantinopla el cuerpo del soberano en un coche cubierto, acompañado de sus guardias ordinarias, esparciendo la voz que el Sultan iba á tomar los baños á su capital para restablecer su salud alterada con las fatigas de la última guerra. Al mismo tiempo, envió un agente secreto al príncipe Djem, y tomó las medidas necesarias para prepararle el camino del trono. Queriendo impedir toda comunicacion entre el ejército y Constantinopla, hizo cerrar aquel puerto, como asimismo los de las costas de Asia, y ordenó á los *adjem-oghlaus* ó reclutas de jenizaros que saliesen de la capital. A pesar de todas aquellas precauciones, el visir temiendo que abortase su plan, creyó conservar un recurso cerca de Bayezid, despatchando á aquel príncipe, que se hallaba entónces en Amasia, á Keklik-Mustafá, portador de la noticia de la muerte del Sultan. Mas el acontecimiento engañó la prudencia de Muhammed-Karamani. El pueblo, que había sospechado ya la verdad, vió al rededor del coche de Sultan-Muhammed el acompañamiento de los visires y de los kazi-askers, no le quedó ya la menor duda luego que llegaron al campo los *adjem-oghlaus*. Inmediatamente estalla una sublevacion entre los jenizaros: dirijense á Constantinopla, saquean las casas de los habitantes mas ricos, y asesinan al gran visir. Ishak-Bajá, nombrado por el consejo para reemplazar á Muhammed, restableció el orden con medidas vigorosas. Dos jóvenes príncipes, Korkud, hijo de Bayezid, y Oghuz-Khan, hijo de Djem, vivían en el recinto del serrallo, donde les había retenido la política de Sultan-Muhammed, á quien dichos rehenes respondían de la fidelidad de sus propios hijos: Korkud fué proclamado lugar-teniente general del imperio, mientras llegaba su padre.

Keklik-Mustafá llega á Amasia en ocho dias, aunque la distancia era de cien leguas; al dia siguiente sale Bayezid, acompañado de cuatro mil hombres de caballería, y en nue-

ve dias llega á Escutari. Cuando la galera imperial entró en el canal del Bósforo, se halló rodeada de una multitud de embarcaciones que conducían los grandes del imperio que venían á saludar al nuevo Sultan. A aquellos respetuosos homenajes se mezclaron no obstante gritos tumultuosos: los jenizaros, subidos encima de las barcas, pidieron á Bayezid la separacion de Mustafá-Bajá, rival temible de Ishak-Bei, y que este último supo hacer odioso á aquella milicia turbulenta. El Sultan, estremecido con aquella manifestacion sediciosa, tuvo la debilidad de cejar, y cedió á los jenizaros no solamente la separacion de su visir Mustafá, sino tambien un aumento de paga: aquella concesion se convirtió desde entónces en una costumbre á la que no pudieron sustraerse los Sultanes durante tres siglos, y que fué abolida en el reinado de Abdul-Hamid.

Al dia siguiente de la llegada del Sultan-Bayezid á su capital, el jeque Abul-Wefa presidió los funerales de Muhammed. El nuevo monarca ayudó á sus emires y visires á llevar el féretro de su padre, que fué inhumado en el sépulcro que está al lado de la mezquita del conquistador. Despues de la ceremonia, concluida con abundantes limosnas, Sultan-Bayezid se quitó el turbante y las vestiduras negras, revistió un traje suntuoso, y recibió los homenajes de la corte.

Luego que el príncipe Djem supo el advenimiento de Bayezid y la muerte trágica del gran visir Muhammed-Karamani, manifestó la intencion de disputar la corona á su hermano. Fundaba sus derechos al trono en la razon especiosa que habiendo nacido Bayezid antes que Muhammed fuese emperador (1), no debía ser mirado sino como hijo de un simple particular. Para sostener aquella pretension, reunió precipitadamente algunas tropas, y marchó sobre la ciudad de Brusa; Sultan-Ba-

(1) Sin embargo el nacimiento de Sultan-Bayezid había acaecido en 851, entre la deposicion y el segundo advenimiento de su padre.

yezid le opuso un cuerpo de dos mil jenizaros, bajo las órdenes de Ayas-Bajá. Ambos ejércitos se encontraron cerca de Brusa, quien rehusó la entrada, tanto al uno como al otro. Empeñóse entónces un combate delante de las murallas, en el que Ayas-Bajá fué derrotado, y las puertas se abrieron en fin al vencedor. Djem tomó el título de Sultan, y ejerció los derechos de *sithke* y de *khoutbe*; mas al cabo de diez y ocho dias, supo que Bayezid avanzaba con un poderoso ejército. Antes de venir á las manos, hizo Djem proponer á su hermano el repartimiento del imperio; mas Bayezid respondió á aquella oferta con el proverbio árabe: «No hay parentesco entre los reyes.» Bien pronto se encontraron los dos rivales en la llanura de Yeni-Chehir: vendido por Yakub, que se pasó al enemigo con un cuerpo de tropas considerables, Djem, despues de haber peleado durante seis horas con el mayor valor, se vió obligado á abandonar la victoria á Bayezid. Detenido un instante en su fuga, y despojado por los Turcomanes del desfiladero de Ermeni, vióse el pretendiente obligado, en su desnudez, á tomar prestado el *kepenek* (bata) de su canceller Sinan-Bei. Llegó por fin al Cairo, donde el Sultan Tcherkese-kait-bai le recibió muy afectuosamente y le dió para su habitacion uno de sus palacios.

Sultan-Bayezid, despues de haber ganado la batalla, se había puesto á perseguir al fujitivo. Los Turcomanos de Ermeni se hicieron un mérito cerca del monarca por haber maltratado y robado á su hermano, y pidieron por recompensa el que se les libertase de todo impuesto. El Sultan aparentó recibir favorablemente su súplica, y les dijo que se presentasen en la Puerta para recibir el precio de su conducta. Todos los que cometieron la imprudencia de presentarse fueron crucificados: «¡Hái teneis, dijo Sultan-Bayezid, la recompensa de los esclavos que se mezclan en los negocios de sus amos, sin irles ni venirles... ¿Cómo se han atrevido esos miserables á levantar la mano contra una cabeza augusta?»

Después de haber perseguido inútilmente á su hermano hasta Konia, el Sultan dejó á Guedik-Ahmed-Baja el cuidado de alcanzar á aquel príncipe y se volvió á Constantinopla. Pasando cerca de Brusa, le pidieron los jenízaros el saqueo de aquella ciudad, que le había cerrado sus puertas antes de su victoria sobre Djem. Sultan-Bayezid lo rehusó; mas una sublevacion que estalló en el campo le decidió á indemnizarles de la pérdida del botin que se prometian, y les hizo contar mil aspros á cada uno.

Después de una estancia de cuatro meses en el Cairo, Djem, príncipe muy afecto á sus deberes religiosos, resolvió aprovecharse de los momentos que su mala estrella le dejaba libres, para seguir uno de los preceptos mas importantes del islamismo. El 28 del mes de chewal 886 (20 de diciembre de 1481), partió para la romería de la Meca, desde donde fué á Medina. En toda la familia imperial de Turquía no se cuentan mas que el príncipe Djem y una Sultana, hija de Sultan-Muhammed II, y viuda de Mahmud-Tchelebi, hijo del gran visir Ibrahim-Baja, que hayan hecho aquella romería. Aquel acto religioso es obligatorio para todo musulman, pero los monarcas otomanos están dispensados de él por razones de estado; para satisfacer no obstante aquel deber sagrado, se hacen representar en la Meca, en el orden religioso y sacerdotal, por el mollá de aquella ciudad, y en el orden civil y político, por el *Surre-Emini*, oficial de la corte, encargado de conducir el tesoro que los Sultanes envian todos los años á la *Kaaba*, ó bien por el *Emir-ul-Hadj* (príncipe de los pelegrinos), dignidad que pertenece especialmente al gobernador de Damasco (*Wals-Chám*).

De vuelta de su romería, cediendo Djem á las solicitudes de Kazim-Bei, de Mahmud, Sanjak-bei de Angora, y de algunos otros príncipes tributarios de la Puerta, se decidió á probar de nuevo la suerte de las armas. Cuando Sultan-Bayezid supo que su hermano se preparaba para dispu-

tarle todavía el trono, le dirigió una pieza en verso cuya traduccion es la siguiente: «Pues que hoy puedes vanagloriarte de haber cumplido con el deber sagrado del pelegrinaje, ¿porqué, príncipe, muestras tanto ardor por un reino terrestre? Pues que te ha tocado el imperio por un efecto de los decretos eternos; ¿porqué no te retiras á las voluntades adorables de Providencia? Djem, tan buen poeta como el Sultan, le respondió con el siguiente distico: «Mientras que te hallas recostado sobre una cama de sosiego, y que pasas tu vida riendo y divirtiéndote; ¿porqué, Djem, privado de toda dulzura, deberá reposar su cabeza sobre una almohada de espinas?»

La segunda tentativa del pretendiente no fué mas feliz que la primera. Su teniente Mahmud-Bei, es derrotado en Angora por Suleiman-Baja, gobernador de Amasia. Djem, llegado sobre el campo de batalla dos dias después de la derrota de sus tropas, es abandonado por el resto de su ejército, á la sola noticia de la proximidad del Sultan. El príncipe se fuga por segunda vez á la Cilicia Petrea: un plenipotenciario llega cerca de él y le ofrece la paz. Djem pide la cesion de algunas provincias de Asia, el Sultan responde que «la novia del imperio no puede ser partida entre dos rivales; que suplica á su hermano que no manche mas los piés de su caballo ni la punta de su capa con sangre inocente de los musulmanes, y que se ciña á gozar de sus rentas en Jerusalem.» Siguiendo el consejo de Kazim-Bei, pensó entonces Djem en refugiarse en Euro-ra: para preparar los medios, diputó uno de sus confidentes, llamado Suleiman, al gran maestre de Rodas. El embajador fué admitido á la audiencia solemne del capítulo de los caballeros: obtuvo un salvo conducto para Djem, y aquel príncipe se embarca en una galera de la Orden. Llegado en tres dias á Rodas, fué recibido con los mas grandes honores. Su entrada fué una fiesta brillante: desde la orilla al navío se había echado un puente para que el príncipe pudiese saltar á caballo. Un

numeroso acompañamiento, compuesto de los servidores de Djem y de los caballeros, le acompañó, al son de una música guerrera, hasta el palacio preparado para recibirle. El jentío se agolpaba al rededor de la escolta; las ventanas, los balcones, las azoteas estaban cubiertas de espectadores, y las calles adornadas con tapices y guirlandas; torneos, conciertos, partidas de caza ocuparon los primeros dias del ilustre fujitivo, y le ilusionaron durante algun tiempo sobre su posicion y sobre el porvenir que le preparaban. El gran maestre concluyó con aquel príncipe un tratado, en virtud del cual, en caso de advenimiento, quedaba asegurada su alianza con la Orden. Apenas se hubo firmado aquel acto ilusorio, que llegaron á Rodas embajadores de Bayezid: ofrecieron la paz al gran maestre, si querian entregar á Djem y pagar un tributo. Desecháronse aquellas proposiciones, y arreglóse el tratado definitivo sobre otras bases. Por una cláusula secreta, se obligó el Sultan á pagar anualmente á los caballeros una suma de cuarenta y cinco mil ducados para que retuviesen á su hermano prisionero. Djem se embarcó en una galera de la Orden, é hizo vela para Francia, donde los caballeros poseían muchas encomiendas. Después de una navegacion de seis semanas, abordó el navío en Niza. El príncipe, que ignoraba las intenciones de los caballeros por lo perteneciente á él, pidió continuar su viaje hácia la Romelia; objetáronle que era necesario obtener el consentimiento del rey. En su consecuencia, Khatib-Zade-Nazhud-Tchelebi se puso en camino para Paris. Cuatro meses se pasaron esperando la vuelta del mensajero; había sido arrestado desde el segundo dia de su viaje, y guardado á vista. Después de una larga espera, Djem fué enviado á una de las posesiones de la Orden, en el Rusillon. Luis XI había muerto el 30 de agosto de 1483: los caballeros se aprovecharon de aquel acontecimiento para separar á Djem de su comitiva, bajo el pretexto de rodear-

le de una guardia de seguridad en un momento en que se hallaba amenazada la tranquilidad del reino. En vano reclamó el príncipe; sus fieles servidores fueron embarcados para Rodas: pidió entonces ver al emba-jador del Sultan, Huzein-Bey, que acababa de llegar de Rodas y pasaba á la corte de Francia; negóse aquel consuelo, y el desgraciado Djem, arrastrado durante siete años de castillo en castillo, fué últimamente encerrado en la torre de Burganeuf, pequeña ciudad de la Marca (en el dia departamento del Creusa). Desde allí fué entregado al papa Inocencio VIII. Presentado al soberano pontífice el 13 de marzo de 1489, el altivo musulman rehusó hincar sus rodillas y quitarse su turbante; le abrazó en el hombro, como de igual á igual, le pidió su proteccion, y en una audiencia particular le hizo una relacion tan sensible de los padecimientos que había experimentado durante su larga cautividad, lejos de su madre, de su esposa y de sus hijos, que el papa se enterneció hasta verter lágrimas; en el interés que le inspiraba, Inocencio le conjuró para que abrazase el cristianismo; mas Djem respondió que la posesion del imperio otomano, y aun del mundo entero, no podría decidirle á abjurar la fe de sus antepasados.

Djem penó de este modo durante dos años en Roma, durante los cuales envió Bayezid, segun dicen, asesinos encargados de desembarazarle de su hermano; pero abortó aquel infame proyecto. A la muerte de Inocencio, Djem fué guardado primeramente con mucha estrechez en el castillo de San Anjelo; volvió al Vaticano después de la eleccion de Alejandro Borjia. Este papa, el único entre los príncipes de la Iglesia que haya tenido relaciones directas con los Sultanes otomanos, envió un embajador á Bayezid para ofrecerle la prolongacion de la cautividad de su hermano, mediante cuarenta mil ducados por año, ó bien su muerte, por el precio de trescientos mil ducados por una sola vez. Durante aquella abominable negociacion, penetraba

en Italia el rey Carlos VIII, y el 31 de diciembre de 1494 hacia su entrada en Roma. Alejandro se refugió en el castillo de San Anjelo con su desgraciado prisionero. Concluyóse entre aquel monarca y el papa un convenio, en virtud del cual debía entregarse á Carlos el príncipe musulmán. Ejecutóse aquella cláusula tres días después, y Djem siguió el ejército francés á Nápoles. En este intervalo, había llegado á Ancona un embajador del Sultan con el importe de dos años de pensión que el emperador otomano hacia pasar á Borja. Mas el enviado de Bayezid había caído entre las manos de los partidarios del cardenal Juliano, enemigo declarado de Borja; este último, perdiendo á un mismo tiempo su prisionero y aquel dinero sobre el que él contaba, quiso indemnizarse de aquella doble pérdida, y se obligó por fin á desembarazar de su hermano á Sultan-Bayezid. Un venenolento condujo al sepulcro al desgraciado Djem, y por precio de aquel crimen recibió una fuerte suma de dinero. Los historiadores italianos y musulmanes, acordes en este punto, no difieren mas que en las circunstancias del envenenamiento. Pretenden los primeros que se verificó por medio de unos polvos blancos que mezclaban con azúcar, de los que se servía el príncipe habitualmente; los segundos aseguran que un renegado griego, llamado Mustafá, barbero de Djem, le inculó el veneno sirviéndose de una navaja, preparada con sustancias venenosas. Como quiera que sea, cuando Djem llegó á Nápoles, estaba en la última estreñidad. En el momento de espirar, dicen que pronunció estas palabras: « ¡ Dios mio! ¡ si los enemigos de la fe quieren valerse de mí para ejecutar proyectos perniciosos al islamismo, no me dejes vivir por mas tiempo, llama cuanto antes mi alma hácia tí! » Aquella muerte, acaecida el 24 de febrero de 1495 (29 djemazi-
ul-akhir 900), aseguró á Sultan-Bayezid la pacífica posesión del trono. Reclamó el cuerpo de su hermano, y le hizo depositar en el sepulcro de Murad II. Djem tenía la edad de trein-

ta y seis años; había pasado trece en cautividad; es conocido entre nosotros bajo el nombre de Zizim. Una obra, publicada en Grenoble, en 1673, ha consagrado el recuerdo de sus amores con la hija del castellano de Senage. El autor ha revestido con las formas de una novela un hecho histórico confirmado por los historiadores orientales. Djem ha dejado poesías que gozan de una gran reputación en su patria.

La relación de la sublevación y de los infortunios de Djem nos ha hecho descuidar hasta aquí las acciones de Sultan-Bayezid, antes y después de la salida de su hermano para Rodas. Volvemos ahora sobre nuestros pasos, y vamos á indicar rápidamente los acontecimientos mas memorables de aquel período.

En 1481 y 1482 (886 y 887), Sultan Bayezid había renovado las capitulaciones con Venecia y Ragusa, con condiciones las mas ventajosas para aquellas repúblicas. Después de la campaña de Karamania que llenó casi nueve meses de aquel último año, volvió el Sultan á Constantinopla. Todos los visires, convidados á una fiesta que se dió en el palacio, recibieron en ella kaftanes bordados en oro; solo Guedik-Ahmed tuvo un kaftan de lana negra, indicio funesto de su desgracia; al fin de la comida, cayó bajo el puñal de un mudo. Hacia ya mucho tiempo que Ahmed se había enajenado el corazón de su amo por un carácter orgulloso y por sus réplicas llenas de arrogancia. El Sultan, durante la guerra sostenida en Karamania contra su hermano, había parecido olvidar los agravios del visir, cuyas luces le eran necesarias. Mas habiéndose unido Ahmed en secreto con el visir Ishak-Baja para hacer caer á Mustafá-Baja, favorito del Sultan, aquella tentativa atrevida despertó en el corazón del príncipe todos sus antiguos agravios contra el ministro, y se resolvió su muerte. Ishak-Baja fué destituido poco tiempo después, y reemplazado por Daud-Baja, beiler-bei de Anatolia.

En 888 (1483), Sultan-Bayezid fué á Filibé (*Philippopolis*), y empleó su ejército en reparar los fuertes sobre

el Morawa; se aprovechó de la proximidad de la Hungría para concluir con Matías Corvin una tregua de cinco años. Al siguiente año, entró el Sultan en Moldavia, se apoderó de las fortalezas de Kilia y de Ak-Kerman, mientras que un cuerpo de setemil ekindjis invadía la Croacia, la Carintia y la Carniola, y era rechazado inmediatamente por Lupo Wulkovick, van de Croacia, y por Bernardo, conde de Frangipan. Sultan-Bayezid volvió en seguida á Andrinópolis, depuso á Iskender-Baja, gobernador de la Romelia, y le dió por sucesor al eunuco Ali-Baja. Hacia fines del invierno de 1486 (892), recibió los tres embajadores de Hungría, del Sultan de Egipto, y del Schah de las Indias. Este último ofreció á Bayezid oro, especias finas, elefantes y jirafas. Hacia aquella época, habiendo ensayado el príncipe de Moldavia volver á apoderarse de Ak-Kerman, Ali-Baja devastó los estados del voivodo, quien, al año siguiente, tuvo que sufrir una nueva invasión de los Otomanos, bajo la dirección del gobernador de Silistria.

Aquellas expediciones militares de Sultan-Bayezid en Europa fueron seguidas, en Asia, de la primera guerra contra los mamelucos. Ya en el reinado de Muhammed II, habían alterado estos últimos, con una conducta hostil, las relaciones amistosas que existían entre ellos y los Osmanlinos. Nuevos motivos de queja que ellos dieron al Sultan, entre otros la hospitalidad acordada á Djem, decidieron al monarca otomano á principiar la lucha sangrienta que debía concluir, bajo el reinado de su hijo Selim, con la conquista del Egipto y la destrucción de la dinastía de los Sultanes mamelucos.

Habíanse tomado algunos castillos en las cercanías de Tarsus y de Adana, bajo el mando del príncipe de Ramazan, jefe turcoman de la tribu de Utch-Ok (de las tres flechas). Sultan-Bayezid dió á Kara-Gueuz-Baja, gobernador de la Karamania, la orden de volverlos á tomar (890-1485). Otros cuatro fuertes, situados en los pasos mas difíciles del Taurus (*Ala-Dagh*), cayeron igualmente

su poder. Pero al paso que Kara-Gueuz-Baja se ensombrecía con su victoria, el ejército otomano experimentaba en otro punto tres derrotas consecutivas. Ozbei, general egipcio, y el gobernador de Alepo sorprendían las guarniciones de Adana y de Tarsus. Hersek-Ahmed-Baja, enviado por el Sultan para reparar aquel doble descalabro, había sido batido también y hecho prisionero. Mas no por eso se desmayó Bayezid. Dió la orden al gran visir, Daud-Baja para que marchase con cuatro mil jenízaros y todas las tropas de su casa, y atrajo á la obediencia las tribus de la Karamania y las de Warsak y de Torghud, que Muhammed, nieto de Kacim-Bey, había hecho sublevar.

En aquella época (892-1487), Sultan-Bayezid recibió en Constantinopla al embajador del último rey moro de Granada, Abu-Abdullah, cuyo nombre han desfigurado los historiadores occidentales, llamándole *Boabdil*. Aquel príncipe imploró el socorro del Sultan de las dos tierras y de los dos mares contra Fernando, rey de Aragon y de Castilla, cuyas armas victoriosas rechazaban á los musulmanes de la Andalucía. Sultan-Bayezid envió, para asolar la España, una flota bajo las órdenes de uno de sus antiguos pajes, á quien su hermosura admirable había hecho dar el sobrenombre de *Kemal* (hermosura perfecta). Al mismo tiempo Venecia deputó hácia el Sultan los plenipotenciarios que, siete años antes, habían concluido la paz con Muhammed II. Boccolino, ciudadano de la pequeña ciudad de Osimo, en la Marca de Ancona, habiéndose hecho nombrar señor de ella, había sacudido el yugo del papa Inocencio VII, y ofrecido á Sultan-Bayezid el derecho feudal de Osimo. Lorenzo de Médicis se interpuso entre el soberano pontífice y los insurjentes, é impidió de este modo que los musulmanes se estableciesen en los estados romanos, de donde hubiera sido tal vez bien difícil arrojarlos. Un enviado de Bayezid había pedido el derecho para que las flotas otomanas pudiesen estacionar en el puerto de Famagusta todo el tiempo que el Sul-

tan estuviere en guerra con el Egipto. El senado desoyó aquella demanda, bajo el pretexto de la paz que existía entre aquella última potencia y la república. La muerte de Boccolino, arrestado cerca de Milan y ahorcado sin sumaria, quitó á Sultan-Bayezid toda esperanza de intervenir provechosamente en los negocios de la Italia.

Las relaciones diplomáticas de aquel monarca con las potencias de Europa eran entonces muy activas: el enviado moldavo le traía el tributo de dos años; el embajador húngaro, Demetrio Yaxich, recibía, en su audiencia de despedida, un *kaf-tan* de honor, y Matías Corvin renovaba por tres años, con el embajador de Sultan-Bayezid, la tregua espirada.

En 893 (1488), Alí-Bajá, despues de algunas ventajas obtenidas contra los mamelucos, se hallaba batido por el ejército egipcio bajo las órdenes de Uzbei. Kara-Gueuz-Bajá y otros muchos beyes, quienes, por celos contra Alí-Bajá, habian huido desde el principio de la accion, fueron castigados, el primero con la muerte, los otros con la prision y la destitucion. La guerra de Egipto fué cada dia mas funesta para las armas otomanas; duraba hacia cinco años; se concluyó en 896 (1491), por un tratado de paz que estipulaba el abandono de los derechos del Sultan sobre las tres fortalezas que habian conquistado los Egiptios en la llanura de Tchokur-Ova.

En 897 (1492), habiendo la muerte de Matías Corvin sumido la Hungría en la guerra civil, Sultan-Bayezid, prevaleándose de aquellos desórdenes, concibió la esperanza de apoderarse de Belgrado. Khadim-Suleiman-Bajá hizo sondear las disposiciones del déspota Vilak; creyó reconocer en su respuesta ambigua que estaba pronto á comprar las buenas gracias del Sultan, entregándole las ciudades de Zwornik, de Aladja-Hysar y de Belgrado; en su consecuencia, ordenóse el bloqueo de esta última plaza, y una flota de trescientas velas fué á esperar á Sultan-Bayezid sobre las costas de la Albania.

Partió de Constantinopla para Sofia, á fin de poder, segun lo exijieran las circunstancias, dirigirse á la Servia ó á la Albania. Malogróse el proyecto sobre Belgrado, y los musulmanes fueron completamente derrotados en Hungría; entonces entró el Sultan en la Albania por el camino de Monastir. Entre esta ciudad y Parlepo, en el momento en que pasaba por una senda muy estrecha, un asesino, disfrazado en *kaleuder* (especie de derviches vagabundos), se acercó y quiso darle una puñalada. Los guardias que rodeaban al monarca estorbaron aquel atentado y despedazaron al asesino. Despues de aquel acontecimiento, todas las personas que eran presentadas al Sultan debian despojarse de sus armas y ser acompañadas por los chambelanes que les tenian los brazos cojiéndolos por debajo del sobaco. Esta costumbre, que se ha conservado hasta nuestros dias, se convirtió en un ceremonial al que estaban sujetos hasta los mismos embajadores. Durante la estancia del Sultan en la Albania, los jenizaros asolaron el pais, é hicieron una gran carniceria de sus desgraciados habitantes; los *ekindjis* asolaron el Austria: la Carniola, la Carintia, la Estiria fueron teatro de todo género de atrocidades; los historiadores de aquel tiempo las cuentan con horror: no se veian mas que niños empalados ó estrellados contra las paredes, y mujeres y jóvenes doncellas saciando la brutalidad de los vencedores, etc. Hileras de lanzas coronadas con cabezas formaban, decian dichos historiadores, el recinto donde tomaban sus alimentos; los caminos que recorrían aquellas hordas devastadoras estaban sembradas de miembros mutilados. Un ejército, enviado por el emperador Maximiliano al encuentro de los Otomanos, les libró un combate encarnizado cerca de Villach en Carintia, y los derrotó enteramente: quince mil prisioneros que traian consigo quebrantaron sus cadenas durante la batalla, y cayendo de improviso sobre los Osmanlinos, contribuyeron poderosamente al triunfo de los cristianos. Estos últimos deshonraron su

victoria imitando y aun sobrepujando la crueldad de sus enemigos. Cuesta trabajo concebir aquella fecundidad de invenciones atroces que desplegó el bárbaro Kinis, jeneral de los Húngaros: hizo coser en sacos y arrojar al agua una parte de los prisioneros; los otros fueron desollados, molidos bajo ruedas, asados, ó devorados vivos por puercos hambrientos. Alí-Bajá-Mikhal-Oghlou fué preso y fusilado sobre el campo de batalla. En aquel mismo año, otro Alí-Bajá, gobernador de Semendria, fué rechazado de la Transilvania por Estéban de Thelegd, y perdió, en el desfiladero de la Torre-Roja, quince mil hombres, su botín y sus esclavos.

Para vengar tantas derrotas, Sultan-Bayezid envió Yakub-Bajá con un ejército de ocho mil hombres: asoló las comarcas de Gyll y de Pettau, y desafió á un combate singular al comandante de la fortaleza de Yaitcha, el cual respondió á aquella fanfarroada con una vigorosa salida. Yakub se retiró en desorden, y fué á llevar su estermio á la Croacia y á la Estiria inferior. Los nobles Croatas tenían entre ellos mismos una guerra encarnizada; mas cuando vieron al enemigo comun en retirada se reunieron todos contra él, y le rodearon en un desfiladero llamado el *Paso de Sadbar*. Reducido al último extremo, Yakub quiso negociar su retirada á precio de dinero; pero las condiciones demasiado duras que le impusieron le decidieron á probar la suerte de las armas. Una victoria completa coronó aquella tentativa atrevida. El Sultan le envió, en recompensa, una magnífica cimitarra, un caballo de las cuadras imperiales, y le elevó á la dignidad de *beiler-bey* de Romelia.

En fin despues de muchos reveses y ventajas respectivas, se concluyó una tregua de tres años, en 900 (1495), entre la Hungría y la Puerta. En los dos años siguientes, se apoderaron los Otomanos de algunos fuertes en la Bosnia, entraron en la Dalmacia, y adelantaron sus correrías hasta el Friul. En 902 (1497), dieron su retiro á Daud-Bajá con una pension

anual de trescientos mil aspros. Es el único, de catorce visires que se han sucedido en la primera dignidad del imperio, que haya vuelto á entrar en la vida privada con todo el favor del Sultan. Hersek-Amed-Bajá le reemplazó, y cedió, en el mismo año, aquel puesto eminente á Ibrahim-Djendeveli, hijo de Khalil.

Desde 1490 (896), no se habia alterado la paz entre la Puerta y la Polonia. Juan Alberto, rey de este último pais, cometió contra la Moldavia algunas hostilidades que dieron motivo á la expedicion de Bali-Bey, gobernador de Silistria. En la primavera de 1498 (903), pasó el Danubio aquel jefe otomano, é hizo diez mil prisioneros: una segunda invasion, en el otoño siguiente, tuvo resultados todavia mas importantes: atravesó el Dniester, quemó ó asoló muchas ciudades en las orillas de aquel rio, é hizo un botín inmenso. El frio riguroso que se hizo sentir al acercarse el invierno, y la falta de viveres, decidieron en fin á los Otomanos á retirarse.

Desde el año de 1492, habia hecho el czar Iwan III varias tentativas de alianza con Sultan-Bayezid, y hasta le habia escrito una carta relativa al comercio de los marchantes de Azoff y de Kaffa. Tres años despues Miguel Plestcheief, embajador ruso, fué á Constantinopla, y á pesar de sus modales groseros, obtuvo para el comercio de su pais todas las concesiones que su amo pedia al Sultan. Aquel príncipe que fué el primero de su dinastía que dió un gran desarrollo á la política exterior, buscaba por todos los medios que están en uso en la diplomacia, adquirir influjo con sus vecinos: así es que la nieta de Sultan-Bayezid era dada en matrimonio á Ahmed-Mirza, heredero presuntivo de la corona de Persia; y la hija de Djem se casaba con el Sultan Nasir-Muhammed, hijo de Kait-bai; numerosas embajadas en Europa y en Asia fueron testigos igualmente de las pacíficas intenciones que animaban á Bayezid en sus relaciones políticas. Los Venecianos enviaron, en 1498 (904), Andrea Zanchani á Constantinopla. La paz fué renovada